

A photograph of a window with flower boxes and a mailbox. The window is on the left, with a small flower box hanging from the frame and a larger flower box on the sill. The wall is a light, textured color. In the bottom right corner, there is a yellow mailbox with a red top and a white letter 'B' on its side.

El invierno
que tomamos
cartas en
el asunto

Ángeles Doñate

EL INVIERNO QUE TOMA- MOS CARTAS EN EL ASUN- TO

Ángeles Doñate

1.ª edición: febrero de 2015

© Ángeles Doñate Sastre, 2015

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

DL B 3550-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-966-4

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

1. Memorias de papel
2. Rosa
3. Voces del pasado
4. Deudas que no se pueden saldar
5. Alma
6. Picotazos
7. Mara Polsky
8. Oasis
9. Álex
10. Letras y ollas
11. Hypatia
12. En un callejón sin salida
13. Giros cósmicos
14. Nombres que imprimen carácter
15. Sarai/Manuela
16. Cazador cazado
17. Principios
18. Al otro lado del mar
19. Sara
20. Esperando a Margot
21. Adivina quién viene a Porvenir
22. La lista
23. Karol
24. El club de los poetas vivos
25. Más vale antes que después
26. Becarios de Cupido
27. Soledades

28. Treinta y nueve maneras de decirte te quiero
29. Golpes bastardos
30. Allí donde tú estés
31. Formas de decir adiós
32. Millas por recorrer
33. Manos arriba: esto es una fiesta
34. Páginas por leer, momentos por vivir
35. El último eslabón

Agradecimientos

*Todas las cartas de amor son ridículas.
No serían cartas de amor si no fuesen ridículas.
También escribí en mi tiempo cartas de amor,
como las demás, ridículas.
Las cartas de amor, si hay amor,
tienen que ser ridículas.
Pero, al fin y al cabo, solo las criaturas
que nunca escribieron cartas de amor
sí que son ridículas.
Quién me diera en el tiempo en que escribía
sin darme cuenta cartas de amor ridículas.
La verdad es que hoy mis recuerdos de esas cartas de
amor
sí que son ridículos.
(Todas las palabras esdrújulas,
como los sentimientos esdrújulos,
son naturalmente ridículas.)*

FERNANDO PESSOA

1

Memorias de papel

Uno de los placeres de leer viejas cartas es saber que ya no necesitan respuesta.

LORD BYRON

—¿Quién necesita un cartero en un mundo donde ya no se escriben cartas? —preguntó Sara arrastrando muy despacio las palabras, que pesaban por culpa de la derrota.

Su voz triste, deshilachada, quedó flotando. Precedió a un silencio espeso que invadió todos los rincones.

A Rosa, su vecina, le pareció que justo en ese momento empezaba el invierno en su pueblo y en su corazón. Se puso a mirar las baldosas de las paredes de su cocina, algunas ya descascarilladas. Prestó atención al pequeño armario en el que guardaba las ollas y platos. Luego dirigió la vista hacia la despensa que Sara le había ayudado a llenar. A sus ochenta años, algunos días las fuerzas no le alcanzaban para algo tan cotidiano.

Ausente, la anciana sacaba brillo a las dos alianzas de oro que llevaba en su casi transparente mano izquierda. Siempre que intuía algo que no le gustaba, se aferraba a sus anillos de boda en busca de sosiego. Estaba segura de que allí donde estuviera su Abel la acompañaba y le daba fuerzas.

—Pero, Sara... —musitó Rosa—, ¿estás segura de que...?

No se atrevió a formular la pregunta por miedo a una respuesta que aun así, le llegó.

—Cerrarán la oficina de correos de Porvenir. Hablan de enviarme a la capital justo después de Navidad. Lo llaman reaprovechamiento de recursos, reducción de gastos o qué sé yo... Algo así ponía en el correo electrónico que me han enviado desde la central.

Dos meses, pensó la anciana.

—Es una trastada a mis cuarenta y cinco años y tres niños —añadió la más joven—. He crecido en este pueblo y aquí han nacido mis hijos. En el pueblo somos una gran familia. Si me trasladan, todo cambiará.

La cartera extravió la vista a través de la ventana. Como si hablara solo para ella, susurró entonces:

—Me volveré loca en las calles de la capital, pero no me queda otro remedio que aceptar el traslado. Tengo cuatro bocas que alimentar.

Rosa miró el reloj de la mesita. Eran casi las doce de la noche. En cuanto Sara se había ido a su casa, el corazón se le había desbocado. Las palpitaciones le golpeaban las sienes y no le dejaban dormir.

Se había preparado dos infusiones de tila bien cargadas. Siguiendo los consejos de su médico, había cenado una sopa ligera. Había fregado los platos, puesto en remojo las lentejas para el día siguiente y doblado la ropa ya limpia.

Pero nada de todo eso había conseguido borrar de su mente la mala noticia: ¡iban a trasladar a su vecina! Por más que trataba de imaginársela fuera de Porvenir, no lo conseguía. «El pueblo no tiene nada especial: ni ermitas prerrománicas ni héroes de la independencia, pero es nuestro», pensó Rosa mientras buscaba su bolsa de labor en el armario. Y eso le pareció suficiente razón para amarlo.

Porvenir era un laberinto de piedra y pizarra donde vivían apenas mil personas, además de las que ocupaban una docena de casas perdidas por los prados de alrededor. Desde hacía muy poco, un anillo de urbanizaciones modernas se empeñaba en ahogarlos a todos. Para Rosa, los recién llegados eran unos desconocidos. Estaba convencida de que solo eran aves de paso, que habían traído el tren de alta velocidad y la especulación inmobiliaria.

«¿Cómo puede ser que Sara, mi niña Sara, se vaya antes que ellos?», se preguntó.

Recordó entonces el día en que esta había nacido. Nevaba fuerte.

Llamaron a la puerta. El vecino de arriba tenía la cara lívida. Apenas hacía unos meses que se había mudado para trabajar de cartero. Desesperado, le dijo que su mujer se había puesto de parto y el médico no iba a llegar a tiempo. Rosa se miró las manos pero supo que no tenía alternativa.

«Tu madre y yo te trajimos al mundo», le gustaba decirle a Sara cuando era niña. «Tu padre se desmayó con la primera gota de sangre y el médico llegó cuando ya te teníamos limpita.»

Para ella, que era estéril, fue el momento en que más cerca estuvo de parir un hijo.

Rosa sintió una punzada de miedo. Se sentó en la butaca del salón y se aferró a sus brazos. Una certeza se abría paso entre sus pensamientos borrosos: si trasladaban a Sara, se quedaría sola en aquella casa.

Tembló nada más imaginarlo.

La primera vez que durmió allí fue la noche de bodas con Abel.

Era una vivienda austera y sólida de piedras ocres. El constructor solo se había permitido un capricho: una veleta con una lechuza de hierro forjado. «El animal de la sabiduría», le gustaba repetir a su marido.

En la planta baja estaba el garaje. En el primer piso vivían ellos y, en el segundo, sus suegros. Al morir estos, su marido heredó la casa. Cuando supieron que nunca podrían tener hijos, decidieron alquilar el piso que había quedado vacío. Pocos meses después allí nacería Sara.

Fueron años de felicidad para Rosa.

Aquellos recuerdos hicieron que las palpitaciones casi desaparecieran. Correrías de la niña por las escaleras entre los dos pisos, sábados jugando a cartas, cotilleos mientras tendían las sábanas en la azotea, excursiones para buscar moras en verano. Luego la boda de Sara y el nacimiento del primer niño, del segundo y del tercero.

Pero un día, sin aviso, comenzó la oscuridad.

Abel murió en un accidente de coche.

Poco después, el marido de Sara desapareció, dejándola sola con los tres hijos y un montón de facturas por pagar. Los padres de ella acabaron enfermando, impotentes ante la desgracia de su hija. Y como le gustaba decir a Rosa: «Igual que te ayudé a ti a nacer, Sara, ayudé a tu madre a morir.»

Poco a poco, la alegría de los tres chiquillos ocupó los espacios que otros habían dejado vacíos. Sara y Rosa se acostumbraron a sus pérdidas hasta conquistar una calma que un correo electrónico enviado desde la capital amenazaba con romper.

Se puso a tejer buscando una paz esquiva. Entre punto y punto, Rosa no dejaba de dar vueltas una y otra vez a lo mismo. ¿Cómo se las apañarían Sara y sus hijos lejos de Porvenir, de sus prados y sus vecinos? Y aunque se sintiera un poco egoísta por pensarlo en un momento así, ¿cómo se las apañaría ella sin su compañía?

De repente, dejó caer las agujas de media sobre el regazo. Una nueva preocupación se sumó a las anteriores. Si trasladaban a la capital a la única cartería del pueblo, cerrarían la oficina de correos, que tenía más de cien años. Le pareció que sobre el pueblo se cernía una desgracia de di-

menciones apocalípticas. Todos dormían, inconscientes de la desgracia, excepto ella, una pobre vieja insomne que no podía hacer nada para evitarla.

Le invadió un cansancio del que sabía que no escaparía descansando. Aun así, decidió volver a la cama.

Habían pasado ya dos horas y allí seguía, tumbada, mirando las agujas del reloj. Su mente era incapaz de estarse quieta. Como si su vida fuera un ovillo de lana, un pensamiento fue tirando del otro. Pronto el tiempo empezó a rodar hacia atrás y se vio a sí misma cuando era joven.

Por aquel entonces hubiera sabido qué hacer. Era una chica atrevida que no se estaba quieta. Cuando no andaba ayudando a la maestra con los chiquillos más revoltosos, estaba aprendiendo a tejer con su abuela o acompañaba a su padre en la tienda de alimentación que tenían. Por eso Abel se prendó de ella. «No hay muro tan alto que tu ilusión no pueda saltar», le dijo él en su boda. El día más feliz de su vida... o casi.

Un nombre que no había dicho en años acudió a sus labios: Luisa.

«En el pasado también duermen recuerdos dolorosos. Cuando paseas por los caminos de la memoria, corres el riesgo de despertarlos», se dijo, secándose una lágrima furtiva.

Luisa y ella se hicieron inseparables el primer día de escuela. Eran como el punto y la i. Adonde iba una, iba la otra. Su amiga vivía en la casa más alejada, en el límite con otro pueblo. Era tímida, dulce y tranquila. El complemento perfecto para una polvorilla como ella. Jugaban de lunes a domingo, inviernos y veranos. Con el transcurso de los años, de las letras y las sumas, pasaron juntas a las clases de costura y hogar.

Arrinconaron las muñecas y cogieron las bicicletas. Una tarde en que la lluvia les pilló de excursión a un par de kiló-

metros del pueblo, corrieron hacia la pequeña ermita de la Virgen del Romero, que quedaba a pie de carretera.

Era apenas un cuadrado de piedra, con un techo de madera medio podrida. La aldaba de la puerta era la cabeza de un ángel bizco. Según la tradición era fruto de la venganza de un herrero, que se había casado en segundas nupcias con una campesina viuda. Esta tenía un chiquillo que era un diablo y le hacía la vida imposible al hombre. Un día en que estaba muy enfadado, en su taller, hizo la figura con la cara del hijastro que tenía los ojos bizcos. Mirándola seriamente le dijo: «Ahora recibirás todos los golpes que te mereces, aunque no seré yo quien te los dé para que tu madre no se enfade conmigo.»

Las dos amigas, riendo, cumplieron con la tradición y golpearon un par de veces la aldaba. Cuando empujaron la puerta, se sorprendieron. Sentado en el suelo, junto a un petate verde oliva, descansaba un chico algo mayor que ellas. Les sonrió y sus ojos oscuros brillaron en la penumbra de la ermita, tranquilizando a las dos amigas. Lo conocían aunque ninguna de las dos pudiera decir de qué.

Se sentaron junto a él, mientras esperaban a que pasara el aguacero. Les explicó que volvía al pueblo ese mismo día después de cumplir con el servicio militar. No paraba de mover unas manos grandes y fuertes que atraparon a Rosa sin ni siquiera tocarla.

Los minutos parecieron segundos. En cuanto el temporal amainó, sin apenas despedirse, el soldado salió corriendo, ansioso por saludar a sus amigos. No les dijo su nombre pero no hizo falta. Esa misma noche ambas lo sabían: Abel.

Durante las siguientes semanas, las dos amigas apenas hablaron del chico, pero su recuerdo creció silenciosamente en sus corazones.

No volvieron a verlo hasta el baile de final de verano. Esa noche, Luisa estaba especialmente bonita y Abel bailó más con ella que con el resto de chicas. Rosa decidió ente-

rrar sus primeros sentimientos bajo una capa de indiferencia, creyendo que no tenía ninguna posibilidad.

Después de aquella noche, Luisa fue incapaz de volver a hablarle. Era demasiado tímida. Cuando lo veía por la calle, corría a esconderse en algún portal. Si coincidían en una tienda, bajaba la cabeza y no volvía a levantarla hasta estar segura de que el chico había salido. Se había enamorado hasta la médula o eso creía. Perdió el apetito. Empezó a olvidarlo todo.

Rosa se asustó y le propuso a su amiga ocuparse del tema. Urdieron un plan que al principio resultó perfecto: ella se ocuparía de ganarse la confianza del chico y le hablaría de los sentimientos de Luisa para ver si eran correspondidos. Se convertiría en su celestina. Aquella idea trajo tranquilidad al espíritu de Luisa y, en cierta manera, al suyo.

«Es difícil controlar la fuerza de un río justo cuando empieza a correr», se dijo Rosa. Y eso fue lo que sucedió: la pasión que había sentido por Abel nada más conocerlo fue creciendo día a día. Con la cabeza, quería ayudar a Luisa. Pero con el corazón le era imposible hacerlo.

Y lo mismo le ocurrió a él. El recuerdo de la chica dulce del baile fue eclipsado por el roce vivo de la mano de Rosa. Todo el pueblo se daba cuenta de lo que pasaba menos ellos. Las comadres repetían: «Dos son pareja, tres multitud.»

«Al final, pasó lo que tenía que pasar», suspiró Rosa. Una noche, Abel se le declaró y ella no supo decirle que no. En tres meses estaban casados.

No fueron capaces de enfrentarse a su amiga y dejaron escapar todas las oportunidades que se les presentaron para hacerlo. Ni Rosa ni Abel dieron una explicación a Luisa. El día de su boda fue el último que la vieron.

Sesenta años después y ya viuda, aquella noche Rosa recordó a su amiga vestida de negro, de pie, al fondo de la iglesia. Cuando el sacerdote dijo, «Ya puede besar a la novia», Luisa abrió el portalón, salió y se perdió para siempre.

Al principio, Rosa no la echó de menos, porque estaba borracha de felicidad. Pasadas unas semanas hizo un mínimo intento de verla: llegó hasta su casa y sus padres le dijeron que se había ido del pueblo. Jamás supo adónde.

«Tu ausencia ocupaba un espacio demasiado grande en nuestras vidas...», murmuró la anciana al vaivén de sus recuerdos, aunque el matrimonio nunca dudó de la decisión que había tomado. Se amaron desde el principio hasta el final con la misma pasión y la única sombra que les acechó fue la ausencia de hijos.

«Las palabras no pronunciadas son anclas que nos arrastran al fondo», se repetía muchas veces Rosa. Esa noche descubrió que las palabras que no le dijo a Luisa antes de su boda aún le seguían pesando.

Tal vez fueran su única deuda. ¿Sería demasiado tarde para saldarla?

La anciana abrió el cajoncito de la mesita de noche y sacó una foto amarillenta de Abel en sus primeras Navidades de casados. Reía abiertamente y por eso era la favorita de Rosa.

—Abel, tú siempre decías que las cosas no pasan sin una razón, ¿cierto? No es porque sí que quieren trasladar a Sara y cerrar la oficina de correos de nuestro pueblo. Tampoco es casualidad que ella me lo haya contado a mí, una pobre vieja con el corazón de un tractor.

Sonrió al rozar la foto con los labios.

—Tampoco puede ser cosa del azar que, la misma noche en que Sara me ha contado todo esto, yo me haya acordado de Luisa.

Calló por unos segundos.

—¡Alguien espera que yo haga algo, Abel! Quizás sea Sara, o tú, o bien Luisa... Y como estáis locos, creéis que yo puedo con todo. Eso me pasa por haber sido tan decidida y cabezota toda mi vida... Pero ya no tengo veinte años, ¿eh? Te lo recuerdo.

Pensativa, volvió a mirar la foto.

—Aun así, quien tuvo, retuvo. —Sonrió pícara—. Y tal vez, solo tal vez... encuentre una manera de hacer algo por Sara y por el pueblo. Incluso podría saldar mi deuda.

Puso la foto sobre su pecho y cerró los ojos.

Justo antes de quedarse completamente dormida, se soñó caminando despacito hacia la oficina de correos. Entraba. Se paraba ante el mostrador. Se metía una mano bajo la blusa y buscaba algo, justo donde la tela rozaba el corazón.